

UN CASO DE DIALOGO FILOSÓFICO: CRÍTICA AL ANALOGANTE DE LA CIENCIA

Christián Carman - Gabriel Zanotti

1. Introducción

El ensayo que aquí presentamos tiene características muy peculiares.

Conocí a Christián Carman cuando él defendía su tesis de licenciatura. A pesar de que el entonces licenciando advirtió en mis gestos que yo tenía algunos desacuerdos, sin embargo me llamó y quiso continuar, para mi asombro, el diálogo conmigo. Cosa no usual en nuestra “comunidad científica”.

Ese diálogo conformó una amistad fecunda y se prolongó en conversaciones, cartas, correo electrónico, chistes mutuos, etc. Salvando las distancias, como Feyera-bend y Lakatos. Uno de esos diálogos más interesantes fue la crítica de Christián a mi ensayo “El analogante de las ciencias” donde yo me permitía tender un puente entre las tradiciones clásica y contemporánea de la ciencia, a través de un criterio analógico de “ciencia” cuyo analogante contaba con los siguientes elementos, entre otros: objeto, método, lenguaje preciso, apertura a la crítica. Como esos elementos podían estar tan presentes en la metafísica de Tomás como en la física actual, concluía yo que desde ese punto de vista podían ser tan ciencias una como la otra.

Ahora bien, el objeto de esta introducción no es exponer mi tesis al respecto. El objeto es destacar el diálogo que se concretó después. ¿Por qué? Porque nuestro ambiente académico no está acostumbrado a estas mutuas críticas con amistad inmutable. Amistad y diálogo son casi lo mismo: los amigos son Sócrates mutuos que se enseñan mutuamente. Porque cuando hay amistad, hay respeto a la individualidad del otro en cuanto otro, aceptando sus virtudes y tolerando, si es necesario, sus errores. Hay apertura del propio yo hacia el otro, explicitando quién uno es, la propia posición, para que el otro no se sienta engañado y sepa con quién dialoga, y ofreciendo al otro lo mejor de uno mismo para que el otro sea quien es. Y hay lenguaje dialógico, esto es, un lenguaje que, desde un punto de vista de los actos del habla, permite y estimula que el otro nos interpele, que pregunte por qué, y, al mismo tiempo, no utili-

ce estrategias lingüísticas ocultas que manipulen la opinión o conducta del otro, por mejores que sean nuestras intenciones. El diálogo implica un descanso en el otro; un hablar en libertad sin estrategias y sin medir cada palabra.

Si se observa, hemos hablado de condiciones de diálogo muy caras a la filosofía contemporánea, que la tradición tomista no ha destacado del todo por el sencillo temor a que se confunda diálogo con verdad. Esto es, por el temor a que alguien diga que la verdad se fundamenta en el diálogo y no en el *verum*. Pero ese temor se resuelve con un sencillo *oportet distinguere*. El diálogo no es el fundamento de la verdad; el fundamento es la realidad misma. Pero, cuando la verdad no se ve, el diálogo es el camino humano a la verdad. No la origina, pero nos pone en camino. No da necesariamente resultado, pero no hay otro medio, dado que la verdad no puede imponerse por la fuerza, ni física, ni lingüística.

Creemos que es interesante advertir, como ejercicio de una *quaestio disputatae*, ese lenguaje dialógico entre Cristián y yo. No como mérito nuestro, sino como sencillo resultado de la amistad. Las condiciones de diálogo, cuando hay amistad, se practican por connaturalidad y no por ciencia. También es interesante aclarar que cuando escribíamos estos *mails* no teníamos la más mínima intención de publicarlos. Por eso su estilo no es académico, aunque no por ello no tengan rigor. En algunos casos, hemos cambiado alguna palabra demasiado coloquial en honor del lector académico, pero consideramos que el interés académico de nuestros diálogos consiste en dejarlos tal cual.

La idea de unir las partes de esta conversación, que tuvimos por *e-mail*, fue de Cristián. Le pedí que diera una clase en filosofía de las ciencias de 4º año de la UNSTA criticando, precisamente, mi idea del analogante de las ciencias. Cristián expuso mi parecer, dijo lo suyo, se produjo un diálogo con los alumnos y a continuación dejó como material escrito el diálogo que adjuntamos. Los alumnos, además, aprendieron mucho de ese modo. No sólo de filosofía de las ciencias: aprendieron cómo Cristián y yo aprendíamos de la mutua crítica.

Y fue mi idea publicar este diálogo. A primera vista, precisamente por su espontaneidad, no encaja en cánones académicos. Lo que sí “encaja” es el diálogo. Que si no es la esencia de la vida académica, debería serlo.

Gabriel Zanotti
Noviembre de 1999

2. Diálogo

Crítica a “El analogante de las ciencias”

(Y además: crítica a la “crítica”, crítica a la “crítica de la crítica”
y crítica a la “crítica de la crítica de la crítica”)

1. Crítica a “El analogante de las ciencias” (C. C. Carman)

Viernes 25 de Junio, 1999

Querido (ahora más que nunca) Gabryelabend:

Ahora me voy a dedicar a comentarte tu artículo sobre el analogante de la ciencia, espero que te sirvan mis “críticas”, aprovecho que, por ser científico, tu artículo cumple con el quinto requisito...

Por supuesto me encantó, pero eso ya te lo dije, vamos a lo interesante:

Mi crítica fundamental consiste en que ese “algo en común” que tienen “ciencia y filosofía” no es “un conjunto de características” sino algo más profundo a partir de lo cual se pueden deducir tus características. Puede resumirse, mi objeción, en la siguiente proposición: “Acepto que todas esas y solamente esas características (tal vez con alguna reformulación en algún caso) constituyen el analogante formal de la ciencia SED todas son ‘propios’, ninguna es la diferencia esencial y, por lo tanto, todos pueden deducirse de la diferencia esencial que paso a comentarte:

Tiene que ser considerado científico (en tu sentido amplio: ciencias positivas, metafísica, teología) todo aquello que contenga estos dos elementos:

1. Deseo sincero de conocer la verdad.
2. Objeto complejo”.

- a. sea que es científico todo “producto de un deseo sincero de conocer un objeto complejo” (esta es la definición que propongo como esencial y a partir de la cual se pueden deducir todos tus elementos). Primero la explico, luego deduzco los elementos.

Explicación:

a. Deseo sincero de conocer. No es que esté en contra de lo que vos decís, en varias partes decís que el método tiene que estar combinado con el deseo de conocer la realidad, etc. Pero yo le doy un papel esencial. Si no hay deseo de conocer, no es ciencia, aunque se respete el método, se tenga objeto, se hable complicado, se lo sistematice y se someta a una “aparente” crítica. Será ciencia “materialmente” pero no es ciencia. No coincide con lo que nosotros entendemos habitualmente por ciencia. Es lo que dicen los teólogos: la teología sin fe no es teología. La ciencia sin deseo de conocimiento no es ciencia. Ejemplo: el otro día mi hermanito, Ezequiel, quería jugar a toda costa conmigo al ajedrez, yo no tenía ningún interés. Entonces, para divertirme, jugué a no ganar, a hacer movimientos absurdos (pero legales) aunque tratando de que no eliminen directamente el juego. Evidentemente me ganó, pero... ¿jugué al ajedrez? Yo creo que no, yo no jugué, hice que jugaba, jugué “materialmente” pero no en serio. Alguien que no tenga el deseo de conocer la realidad no hace ciencia. Aunque, claro, no sea como fin último. Puede “hacer ciencia” para mantener a su familia pero en cuanto científico su fin debe ser conocer la realidad. Fijate que mi definición que sólo exige el deseo de conocimiento es mucho más Feyerabendista que cualquiera que pretenda definir a la ciencia por el método.

b. Objeto complejo: creo que estamos de acuerdo. Para que haya ciencia tiene que haber una “pregunta científica” que coincide en extensión con las que vos ponés en tu artículo: “¿por qué el agua hierve a determinada temperatura?”, etc. Y distingo una pregunta o un objeto (de estudio) complejo de uno simple de la siguiente manera: el complejo implica, para su respuesta, la postulación o intuición de entes teóricos.

Postulación en el caso de las ciencias positivas (MHD), Intuición en el caso de la filosofía. Sí, la filosofía, la más pura metafísica tomista tiene también entes teóricos en sentido amplio: sustancia, accidente, relación, materia, forma, *esse*, esencia,

materia prima, forma substancial. U otras filosofías: ser en sí, fenómeno, *noúmeno*, *res cogitans*, Mundo de las Ideas, Voluntad de Poder, Superhombre, Bien en sí, alma, cuerpo, tesis-antítesis-síntesis, sensación, ideas innatas etc. Son todos entes teóricos, no cotidianos. (Todavía no tengo una definición precisa de ente teórico amplio, pero intuitivamente se ve la idea...). Que la ciencia postula entes teóricos es evidente, no creo que valga la pena discutirlo (electrón, bacteria, agujero negro, eter, epiciclo, etc.). La ciencia los postula porque no los intuye, pero la filosofía (para salvar la sana filosofía tomista) debe “intuir” o “abstraer” esos entes teóricos, pero es siempre una “abstracción o intuición científica” porque sirve para responder esas preguntas no cotidianas. Cuando la respuesta a una pregunta implica la postulación o abstracción de un ente teórico, entonces, es una pregunta científica, si se la hace con el deseo de conocer la realidad, estamos en presencia de la ciencia. ¡He dicho!

Ahora: siempre la definición de una cosa es su “criterio de demarcación”. Con respecto al conocimiento ordinario, la ciencia se distingue por su objeto complejo, con respecto al conocimiento pseudocientífico, se diferencia por su “deseo sincero de conocer”. Nos quieren hacer creer que conocen, pero no conocen, quieren parecer ciencia, pero no lo son (como cuando yo “hice que jugaba” con mi hermanito). Por eso ni siquiera son conocimiento y por eso son pseudociencia, pretende serlo, pero no lo es. Puede serlo, incluso, materialmente: objeto, lenguaje, aparente crítica, método y sistema, pero el espíritu no es científico, formalmente no es ciencia.

Ahora vamos a la deducción a partir de mi definición de tus criterios:

1. Método: el método se deduce del deseo de conocer y de la complejidad del objeto. Porque quiero conocer un objeto complejo necesito un método. Creo que es claro. Alguna reformulación con respecto al método: no creo que sea necesario el MHD para la ciencia positiva, tanto como para distinguirla de la filosofía. Creo que lo esencial de la ciencia es un método provisional, un “método no concluyente” pero podría ser otro y no el MHD. La inducción (si querés no totalmente pura) también es provisional y, combinada con el MHD podría ser también el método típico de la ciencia. Concretamente, si puede desaparecer Júpiter y tu piso no se mueve, podría alguien inventar un método más efectivo y que no se te caiga el piso, ¿o no? Al menos, claro, que interpretes el MHD de alguna manera metafísica, algo así como: MHD = Método

provisional, pero si entendés el MHD como el que parte de problemas, conjetura hipótesis, deduce consecuencias y contrasta, entonces, afirmo, podría no ser necesario. Al método no concluyente, para seguir la tradición aristotélico-tomista podríamos llamarlo “Método Dialéctico”.

2. Objeto: bueno, acá estamos de acuerdo, pero propongo para definir un objeto complejo o programa de investigación científico aquel que implica la postulación-intuición de un ente teórico en sentido amplio. Eso distingue el objeto científico del no científico, pero dentro del científico ¿cómo se distingue el filosófico del meramente científico? En esto creo que estaremos de acuerdo: el científico es falsable porque es contingente (falsable en sentido amplio), el filosófico es infalsable por ser necesario. Cualquier falsación de la metafísica tomista es metafísicamente imposible (aunque es una petición de principio: desde la metafísica tomista, la falsación del tomismo es imposible, pero eso es así en cualquier paradigma). Acá hay un problema que podríamos discutir.

3. Lenguaje: También es fácil deducirlo: porque el objeto es complejo, o sea, introduce entes teóricos (que no existen en el lenguaje ordinario) es necesario un lenguaje científico.

4. Orden sistemático. Lo mismo: porque es complejo el objeto, es necesaria cierta sistematización para ordenar la respuesta y poder avanzar.

5. La apertura a la crítica. Deducirla también es fácil: porque se desea conocer más de lo que se desea tener razón y el sometimiento a la crítica puede hacernos conocer mejor (aunque a costa, tal vez, de que nos demos cuenta de que no tenemos razón), entonces nos someteremos a la crítica. Con respecto a la crítica hay un problemita: no me parece que pueda compararse la apertura crítica del “incierto” (científico común) con la “apertura metódica” (del metafísico). Creo que son substancialmente distintas y que, en el fondo **la apertura metódica no es apertura**. Sé que esto toca prácticamente el corazón del núcleo metafísico de tu programa, pero bueno...

a. Si estoy seguro y me someto a crítica para expresarlo mejor o conocer más, en el fondo, no someto a crítica el objeto de mi ciencia sino el modo de decirlo o el objeto de mi futura ciencia (lo que todavía no sé). No veo compatibilidad entre apertura crítica verdadera y certeza.

b. Si estoy seguro y me someto a crítica porque el otro tiene derecho a interpelarme es una simulación, no hay verdadero sometimiento a crítica. Me someto a crítica para que el otro sepa, no para que yo sepa. Puede ser (y es) un acto de caridad (o de justicia) pero no es crítica en sentido estricto.

Esto, por supuesto, en lo que hay certeza Mayor, en la metafísica. Uno puede someter a crítica la noción de materia prima, pero no la distinción *esse-essentia*. Espero respuesta.

Hasta acá mi análisis. En realidad no es una crítica (excepto en dos o tres cositas) sino verlo desde otra perspectiva. Espero ansioso tus comentarios. Espero que te haya gustado. Una cosita más: cuando comparás el programa de investigación tomista y el de la biología para mostrar que una falsación tira a bajo a todo Tomás y una falsación en la biología no tira a bajo toda la biología... me parece un poco tramposo: los ejemplos que ponés atacan directamente el núcleo metafísico y si se ataca el núcleo de cualquier paradigma, cae todo el paradigma. El problema es encontrar algo en la filosofía de Tomás que no esté en el núcleo y no creo que exista. La metafísica no tiene cinturón protector, porque no necesita protegerse, es tan “unívocamente deductiva” que todo es núcleo ¿qué pensás?

Bueno Gabriel, espero que no me odies (es un chiste, sé que tu espíritu popperiano hace que me estimes aún más...). Un fuerte abrazo y espero respuesta...

P.D.: ¿Sabés por qué tu artículo y mi *mail* son ciencia? Porque tenemos un deseo sincero de conocer un objeto complejo... ¿no te parece?

2. Crítica a la “crítica” (G. Zanotti)

Lunes 28 de Junio, 1999

Dear Christián Kuhn:

Me atrae tu reorganización de mis elementos analogantes como accidentes propios de una esencia fundamental anterior. Como siempre, has sistematizado elementos que te sirven para un futuro ensayo. Te cuento la duda que tengo: con respecto al objeto complejo, no veo ningún problema. Lo que aun no me convence (será que aun no veo bien algo, y sabes que yo digo estas cosas en serio) es que el primer aspecto

me suena a esas definiciones de filosofía y/o metafísica según las cuales todos los no-tomistas son no-filósofos. En efecto, el tema del deseo sincero de conocer la verdad, que, como fiel de la iglesia popperiana, no tengo ningún problema en seguir, deja sin embargo afuera a todos los partidarios del instrumentalismo científico; incluso (y lamento darte esta pequeña “estocada”...) a tu amigo Kuhn. ¿Qué haces entonces con todos los científicos (Mach) y epistemólogos (Poincare, Friedman) que han sido convencionalistas y/o instrumentalistas? *That's the problem I see* (Ese es el problema que veo). El ejemplo del ajedrez es bueno, pero no se aplica a quienes nombre (y son cuatro tipos importantes, *che...*). Ellos no “hacían como” si jugaran a la ciencia o la epistemología. Jugaban en serio. Y consideraban, con argumentos nada despreciables, que el tema de la verdad entorpecía el juego. Sabes perfectamente que estoy en desacuerdo con ellos. Pero de ahí a decir que no jugaban en serio... Tu ejemplo del ajedrez deja fuera a un montón de intelectualoides, diletantes, *chantas* y *demás yerbas* cuya identificación, diríamos “a lo Feyerabend” no pasa por ver si cumplen con tal o cual regla científica sino por una mirada a la expresión de sus ojos. Pero, te repito, no deja afuera a todos.

Ahora pasemos a otro aspecto muy importante de tu mail-ensayo. Que en la ciencia positiva hay siempre argumentos no concluyentes pero no siempre “deben” pasar por el MHD. Pues, bien, agarrate, como decía tu *subject*: tenés razón. Especialmente, tenés razón con respecto al MHD entendido metodológicamente. Ahora, como miembro de la iglesia feyerabendana (en epistemología puedes tener muchas religiones...) debo decir que, efectivamente, si un buen argumento no concluyente no pasa por el MHD, que importa? [Adiós al] ¡¡MHD!! La única restricción que esto tendría es que, acordate, el método de conjeturas y refutaciones de Popper puede interpretarse legítimamente como una acentuación del espíritu de dialogo allí donde no tenemos certeza metafísica. Y, en ese sentido, (vuelvo a decir: en ese sentido) el MHD se aplicaría a “todos” los casos de argumentos no concluyentes.

Y ahora vamos a tu “pequeño” final, tu crítica a mi crítica metódica. Bien, espero que estemos encerrados en una *quaestio terminorum*, de la cual es fácil salir. Vamos a suponer que hago una ponencia sobre la demostración del ser de Dios a partir de la distinción *essencia/esse* y la someto a crítica metódica. Es obvio que tengo el

máximo grado de certeza que humanamente puedo tener y, por ende, presupongo que si me destrozan no abandonare mi tesis sino que revisaré mi modo de decirlo y también mis fuentes y mis estudios al respecto. Ahora bien, si seguimos la analogía entre duda real y duda metódica, puedo decir, con analogía de proporcionalidad intrínseca (soy un *Ferro boy*...) que en la ciencia positiva hay crítica real y en la metafísica crítica metódica. Por lo tanto, si “todo” lo que me estas diciendo es que mi crítica metódica no es crítica real, ¿cuál es la objeción?

Ahora bien, creo que me has dicho mas que eso. Sin darte cuenta, me has enseñado que no he distinguido suficientemente entre dos cuestiones complementarias:

a. Todo dialogo implica una posibilidad de progreso para el núcleo central de un programa, incluso un programa metafísico. Humanamente, nunca esta todo dicho. Por ende, puede ser que haya algo en la distinción *essencia/esse* que deba ser descubierto y perfeccionado. El motivo del dialogo no es por ende solo respetar el derecho del otro a interpelarme, sino la sincera fe en el progreso de mi conocimiento.

b. El derecho a interpelarme del otro. Vale aun en el hipotético caso de que yo este seguro de que no hay progreso posible en lo que digo. Pero, ¿cuándo es eso no hipotético? Justamente, en ciertos aspectos del dialogo interreligioso. Hay evolución accidental del dogma pero no esencial. Si yo afirmo un dogma de fe tal cual esta definido por el magisterio infalible de la Iglesia (no la popperiana...) eso no implica que yo este afirmando “todo” (porque lo revelado por Dios es solo lo necesario para la salvación) pero si, algo cuya formulación no voy a poder cambiar, “y solo en ese sentido”, no voy a poder perfeccionar.

c. La armonía razón/fe. Bueno, una tercera cuestión... En ciertas verdades metafísicas, aunque me hagan bolsa en un debate, me vuelvo a casa con la “fe” de que “yo” estuve mal y no “el núcleo central de la verdad metafísica próxima a la fe” que intento explicar. Pero, claro, hay que vivir la armonía razón/fe para entender esto. Vos, por ende, lo entendés.

d. Pero, en un sentido muy global, aunque *sensu strictu* puede haber ocasiones donde la crítica metódica es para que el otro sepa mas que para que yo sepa (misioneros, o popperianos frente a kuhnianos...) “siempre”, “en otro sentido más global”, como

dije, la crítica es para que yo sepa, porque “no hay dialogo humano que no me aporte algo a mi propia sabiduría” (Pablo VI). Excepto... El dialogo inefable de nuestro rostro elevado con el rostro divino en el paraíso de la contemplación de la divina esencia, donde nuestra perfección será no perfeccionable.

[¡A la fresca!] Me acabo de fijar en “una cosita más”. ¡No acabas nunca! Los núcleos centrales de las ciencias positivas pueden caer, pero no en el mismo sentido que un núcleo central metafísico. Lakatosianamente dicho, sabes que pueden ser guardados en un cajoncito muchos siglos pero revivir en el momento más inesperado (el universo de Aristarco de Samos estuvo en un cajoncito solo 21 siglos...). Esa capacidad de recuperación no la tiene la metafísica; para bien o para mal. El núcleo central de Hegel es erróneo para siempre. Que lo recupere [otro...]. Bien, y por lo que te dije en el *e-mail* de ayer, ¿ves que te odio cada vez menos...? En serio, ¿qué regalo más grande puede haber para un *teacher* ver que su pensamiento estimula el pensamiento propio de un tipo con pensamiento propio? “El mayor bien que hacemos a los demás hombres no es el comunicarles nuestra riqueza, sino el descubrirles la suya propia” (Lavelle, *Leocata dixit*). Incluso, en el dialogo religioso (que no es nuestro caso) cuando Juan colabora con Dios para que Pedro se convierta, Pedro no se convierte en Juan, sino en católico, y descubre “su naturaleza mas profunda”: estar llamado a Cristo. Un abrazo,

Gabriel

3. Crítica a la “crítica de la crítica” (C. C. Carman)

Martes 6 de Julio, 1999

Querido Gabriel:

Aquí viene mi respuesta: Voy a tratar únicamente lo que considero la verdadera falsación a mi definición de ciencia.

1. No tengo problema en reemplazar el “deseo sincero de conocer la verdad” por “deseo material de conocer”. Con respecto al problema de la verdad, ya lo charlamos, es simplemente un cambio estratégico. No hay conocimiento sin verdad (por lo menos para nosotros), si a ellos les causa menos nauseas hablar de conocimiento que de

verdad, no hay problema. De todas maneras, en el fondo, “conocimiento de la verdad” es redundante. “Deseo de Conocimiento”, nada más.

2. Sin embargo, como sabés, para todos aquellos que consideran que la ciencia no intenta “conocer” sino, por ejemplo, predecir, resolver problemas, hacer más placentera la vida del hombre, desarrollar un sistema que “salve los fenómenos”, etc., mi definición no los satisface. Incluimos a los que aceptan que la ciencia es conocimiento, aunque tengan problemas con la verdad (tal es el caso de Harré) pero nos quedan afuera todos aquellos que piensan que la ciencia directamente no es conocimiento.

3. Aquí introducimos el deseo “material” de conocer. *Oportet distinguere*:

Puede haber tres posibilidades:

a. Un científico “hace ciencia” porque desea conocer el mundo (creo que es nuestro caso, el de los filósofos, los físicos teóricos, etc.). *Finis operis* coincide con *finis operantis*.

b. Un científico “hace ciencia” porque desea cualquier otra cosa: ganar dinero, seducir a las mujeres, etc., pero no niega que el fin de la obra que realiza es el conocimiento, es decir: aunque él tenga un fin semiúltimo (ganar dinero) sabe que para obtenerlo tiene que alcanzar el fin intermedio (conocer). Aquí *finis operis et finis operantis* no coinciden, pero creo que no hay dificultad para aceptar que aquí el científico, en cuanto científico, quiere conocer (aunque en cuanto hombre quiera comer, ganar dinero o seducir). Hay subordinación de fines.

c. Un científico “¿hace ciencia?” afirmando que, no sólo su fin es otro, sino que el fin mismo de la ciencia no es el conocimiento. Niega que el *finis operis* sea el conocimiento.

Este es el que nos trae problemas ¿verdad? Bueno ¿este científico hace ciencia? Según mi definición, depende... puede o no tener el deseo “material” de conocimiento.

Deseo “material” se tiene cuando, a pesar de buscar otra cosa, se sigue el método para alcanzar el conocimiento. Entonces habría tres posibilidades con nuestro científico “c”:

1. Que crea realmente que la ciencia no busca conocer pero sigue la metodología establecida.
2. Que crea realmente que la ciencia no busca conocer y por eso busca deliberadamente otro método apropiado a su fin: la predicción, la resolución de problemas, etc. Y que la metodología encontrada SÍ coincida con la habitual.
3. Que crea realmente que la ciencia no busca conocer y por eso busca deliberadamente otro método apropiado a su fin: la predicción, la resolución de problemas, etc. Y que la metodología encontrada NO coincida con la habitual.

Con el c1 creo que no hay problemas: el desea “materialmente” conocer, aunque lo niegue puesto que toda la metodología científica propuesta hasta el momento (ojo que lo que digo es una tesis fuerte) tiene por fin conocer el mundo. Puede ser que no alcance el fin, ese es otro tema, pero está dirigida, pensada, establecida con ese fin.

Y esto creo poder demostrarlo de dos maneras:

- A. argumento analítico: si analizamos los pasos de los métodos, vemos que tienden al conocimiento: inductivismo, probabilismo, falsacionismo, incluso Lakatos y tendríamos que discutir a Feyerabend.
- B. argumento histórico: de hecho prácticamente todos los métodos nacieron y se aplicaron cuando el paradigma dominante era que la ciencia conocía, por lo tanto fueron pensados por aquellos que tenían un deseo formal de conocer.

Al c1 entonces le decimos: “por mal que te pese, estás haciendo ciencia porque los pasos que te proponés conducen al conocimiento del mundo”.

Vamos al c2: Este es más complicado. Pero se puede salvar igual: La solución está en mostrar la coincidencia de los métodos. Es cierto que lo que buscás es resolver problemas, pero fijate que la solución a tus problemas es lo que yo llamo conocimiento, o fijate, mejor, que en el laboratorio los dos hacemos lo mismo. c2 me podría responder: “O.K., los dos hacemos lo mismo, pero justamente por eso: ¿qué te autoriza a vos a decir que la ciencia busca tu fin y no el mío? ¿por qué vos podés decir que yo tengo un deseo material de conocimiento y no yo que vos tenés un deseo material de solucionar problemas?”. Creo que no me molesta mucho su objeción. En el fondo, si se aceptara

que los métodos coinciden pero los fines son varios, no tendría problema en aceptar que hay varios fines y luego tendríamos que discutir cuál es el principal.

Pero, además, y creo que esto es lo más fuerte (ya te lo comenté) de hecho todos los que niegan que el conocimiento sea el fin de la ciencia lo hacen porque creen que es inalcanzable, es decir se resignan por imposible, pero no por indeseable. Habría que demostrar que el conocimiento es posible y se acabaría la discusión (bueno, nunca lo vamos a demostrar a todos, y siempre la discusión seguirá, pero podría por lo menos acotarse: la cuestión no es cuál es el fin de la ciencia sino si el conocimiento es posible puesto que, si el conocimiento es posible, el fin de la ciencia es el conocimiento”. Creo, incluso, que esta formulación “condicional” es lo máximo a lo que puede llegar la filosofía de la ciencia, luego tiene que venir la gnoseología a demostrar o mostrar que el conocimiento es posible.

En el fondo creo que la mayoría de los científicos que pueden ser c2 o c3 son c2 puesto que parten de la ciencia como un hecho y a partir del método deducen el fin, no discuten el método, aceptan el camino y ven a donde conduce. Puesto, entonces, que no discuten el camino, siguen caminando hacia el conocimiento. Lo que hacen es decir: “no, el camino no conduce hasta el conocimiento, es demasiado lejos, conduce hasta la resolución de problemas”. Bueno, no hay problema, total sabemos que seguimos avanzando hacia el conocimiento.

Creo que tiene mucho que ver con mi famoso tema de los trascendentales: puesto que verdad, belleza, simplicidad, coherencia, bondad (fecundidad), etc. *convertuntur*, quien ponga el fin en cualquiera de estos, lo pone *convertuntur* en la verdad, en el conocimiento. Si se busca la simplicidad de las teorías, se busca necesariamente la verdad, porque la verdad es simple, si se busca la belleza o la coherencia lo mismo, si se busca la utilidad (bondad, fecundidad) también porque una teoría verdadera es más útil que una falsa, evidentemente. Y así con todos. En el fondo, la metafísica de los trascendentales está para fundamentar todo (pero esta es mi “doctrina no escrita” porque sé que pueden entenderla sólo unos pocos).

El verdadero problema es con c3, su método no coincide con el nuestro porque su fin no coincide con el nuestro, de él no podemos decir ni siquiera que desea mate-

rialmente el conocimiento. Y bueno, Gabriel, alguien tenía que quedar afuera... Si llegara a existir alguien que lo sostuviera, creo que no “hace ciencia”, puesto que no busca el fin ni formal, ni materialmente. Pero creo, además, que jamás fue reconocido como científico por la comunidad. Si tenés un contra-ejemplo, lo espero, pero me parece que quien no comparte el fin ni los medios, está jugando a otra cosa...

Creo que la rearticulación de mi paradigma se hace inmune, entonces, a tu crítica anterior. Espero ansioso tu respuesta. Entonces: quedan afuera los que “hacen que juegan” pero los que “juegan en serio” pero con otro fin, si respetan las reglas, juegan “materialmente”.

Por otro lado, cualquier método que respete aunque sea mínimamente la observación, la experiencia, conduce directa o indirectamente al conocimiento. Para que haya conocimiento tiene que haber dos variables: inteligencia y realidad, cualquier método que los tenga en cuenta sirve (de mejor o peor manera) para jugar a la ciencia. Si hubiera un método que no respetara para nada la experiencia, sería un método no científico, porque no busca el conocimiento, sería un método idealista, que creo que ningún cuerdo sostiene. Distinto es el caso, evidentemente, de Lakatos cuando propone la “tolerancia metodológica”, te tolero todo lo que quieras, pero si te tolero es porque reconozco que esa falsación es una espina en mi programa, no la ignoro.

Hasta acá, por ahora. Un abrazo virtual,

Christián

4. Crítica a la “crítica de la crítica de la crítica” (G. Zanotti)

Jueves 8 de julio, 1999

Dear Cristián:

You are right, too much silent for you... (Tienes razón, demasiado silencio para vos...).

Como siempre, estás elaborando tus propias teorías. Sabes lo importante que es eso para mí. No quiero interferir, pero creo que nuestro diálogo nos está conduciendo a ambos hacia nuestro propio yo.

1. ¿Seguro de que no hay conocimiento sin verdad? Cuando hay duda u opinión, ¿no hay sin embargo una presencia intencional? ¿Tal vez *analogice dicitur*? Este tema debería ser más trabajado por la tradición tomista. El tema de la presencia del objeto en el sujeto implica siempre una especie de referencialismo gnoseológico. Pero puede haber significado (“Kuhn es alemán”) sin verdad. Y en ese significado, algún conocimiento hay.

3. Buena la introducción del concepto de “deseo material” de conocer. Las distinciones que siguen son muy pertinentes y analíticas. Pero el problema sigue siendo tu científico C3. Al respecto, te propongo algo. ¿No podría incluirse su conducta en la “racionalidad espontánea” de la que hablo en mi artículo? Acordate que es esencial a la teoría del orden espontáneo el tema de las “consecuencias no intentadas”. Pensalo. Yo, a su vez, estoy pensando si mi artículo no necesitaría una aclaración con respecto al “mínimo realismo” que coloco como condición del orden espontáneo en las ciencias. Me parece que sencillamente quien sigue las normas de un paradigma hace ciencia sea lo que fuere que esté pensando, intentando o haciendo. Creo que la cosa va por ahí. Creo. O sea que un tipo que "hace que juega", puede, muy a pesar de él, quedar dentro de la historia interna de la ciencia que surge espontáneamente como una racionalidad fragmentada con aproximación a la verdad. Habría que pensar más en el tema de “respetar la experiencia”. Hay un momento inevitable de hermenéutica de lo empírico, pero siempre precedidos de pura teoría. Acordate de la importancia de los experimentos mentales (Kuhn, Koyré y Feyerabend han analizado mucho este tema). Acordate que el libro de Galileo sobre los dos sistemas del mundo es un diálogo imaginario...

See you,

Gabriel

3. Conclusión

Aunque sin duda no me cuento entre los filósofos que han estudiado mucho más los fundamentos filosóficos y por ello adhieren con mayor firmeza a esta filosofía del diálogo, de la apertura a la crítica, del no imponer las ideas por la fuerza, simplemente puedo decir que, en mi cortísima vida intelectual, el diálogo ha acompañado

(sino causado) los momentos más sabrosos y fecundos de mi pensamiento. En el diálogo uno puede exponer su pensamiento sin el rigor necesario que exige la vida académica; sin las pesadas cadenas de las notas a pié de página, la inteligencia puede volar mucho más liviana camino a la verdad.

He sentido en estos diálogos la libertad de no tener que justificar absolutamente todo lo que digo ni tener la obligación de haber leído a todos los autores que han hablado antes acerca de lo que quiero tratar. He sentido en mis diálogos también la tranquilidad de saber que, por unírnos una sincera amistad, mis ideas serían recibidas en una misericordiosa acogida. En suma, he aprendido dialogando, no sólo verdades acerca de los temas que tratamos, sino el valor del mismo diálogo “amistoso” como herramienta insustituible para alcanzar la verdad, pues en él se manifiesta claramente que el odio por el error debe ser sólo superado por el amor errante.

Christián C. Carman